

gentes. Es obvio que los de cada tiempo traen su mensaje que puede calificarse con criterio exigente, pero nunca negarse con tal énfasis. "Sabed, señora, que la vida es río", exclamaba un egregio portugués. Está muy dentro del humano egoísmo quedarse inmóvil, contemplando su imagen en la quieta fuga de las aguas. A esta actitud la califica un agudo analista contemporáneo con estas hondas palabras: "Ilusión de eternidad".

Gómez Jaime fué, inicialmente, un auténtico numen, un hombre con indudable vocación poética, sellado con la misión del canto. De entregarnos una obra limitada, podada, implacablemente podada, quizás hubiera asegurado una indiscutible perduración a salvo de consideraciones de escuela, grupo o dirección estética. Nos parece que lo perdieron la abundancia, la incontinencia retórica, la facilidad y la verbosidad. El humilde y puro manadero de belleza y de gracia, quiso ser catarata. Y se extravió en esta aventura del énfasis seudosublime. Sacrificó su propio acento, su realidad íntima a la espectacular vocinglería. Y también a la moda ambiente, es decir, al rubendarismo. Gómez Jaime asimiló la mecánica modernista, sus trucos vocabulares y metafóricos y esto lo condujo a escribir los versos impersonales de tantos "rubendaristas incondicionales".

Sin embargo, no es difícil en una rápida relectura de su obra hallar cabales aciertos, altos ejemplos de gracia poética; así, en el soneto "La Campana", en su elogio de la sangre española, en "Azul", en "Los versos son príncipes".

Y nos merece un profundo respeto, esta vida vivida en olor y fervor de poesía.

EDUARDO CARRANZA,
Bogotá.

F. GONZÁLEZ DEL VALLE, *Heredia en La Habana*. Cuadernos de Historia, N° 16.—La Habana, 1939. 91 pp.

Los hijos de La Habana fueron objeto de la siguiente crítica de José María Heredia en un juicio que escribió sobre la tragedia del alemán Zotsebue, *Pizarro o los peruanos*: "Los habaneros nos parecemos a aquel filósofo que, mirando a los astros, cayó en un pozo. Ansiamos continuamente saber lo que pasa a millares de leguas de nosotros, nos interesamos en la suerte de pueblos distantes y extraños, al paso que nada nos importa la nuestra".

La Habana, sin embargo, se ha interesado en el ilustre cubano que escribió tal crítica. El libro que tengo a la mano es una de las muchas pruebas de este interés, porque es un homenaje que esa ciudad le rinde a Heredia en el centenario de su muerte. Es un libro que figura en la serie de "Cuadernos de Historia Habanera", que dirige el culto historiador de la ciudad, doctor Emilio Roig de Leuchsenring.

El autor de esta obra es perfectamente capaz de disertar sobre el tema, por ser el más autorizado de los historiadores heredianos. Entre las varias obras suyas sobre Heredia, su *Cronología de Heredia*, publicada recientemente, ha sido muy elogiada en Cuba y en el extranjero.

Ahora González del Valle se extiende en sus estudios hasta abarcar las actividades privadas, patrióticas y literarias de Heredia en las diversas ocasiones en que vivió en la capital cubana. Presenta los hechos salientes de su primer viaje a La Habana, cuando apenas había cumplido dos años de edad; su permanencia más larga en ella, que duró quince meses, entre el 26 de diciembre de 1817 y el 2 de abril de 1819; sus visitas en 1821 y 1823, y su último viaje, en noviembre de 1836, cuando el ilustre desterrado recibió permiso para regresar de México a ver a su adorada madre y permaneció en la isla dos meses y medio.

Aunque La Habana no fué cuna de Heredia y aunque en ella no vivió mucho tiempo, la capital cubana ha de haber ejercido marcada influencia en su espíritu, porque fué a su sombra donde sintió por primera vez la dulzura y también la amargura del amor. Igualmente, fué allí donde trabó amistad con tres hombres—especialmente con don Domingo del Monte—que tuvieron con él importantes relaciones hasta su muerte. Estos amigos le hicieron cambiar de ideología política y anhelar la independencia de su patria. En La Habana, fueron ellos quienes más lo estimularon en su labor literaria, y en ella obtuvo su gran reputación de poeta, a pesar de haber publicado sus primeros trabajos en México.

El docto autor de esta obra ha hecho un cuidadoso estudio de su asunto y ha completado su trabajo con la publicación de treinta páginas de apéndices que presentan hechos importantes acerca de las visitas que a La Habana hizo el famoso cantor del Niágara.

ESTHER J. CROOKS,
Goucher College, Maryland.

EMETERIO S. SANTOVENIA, *Historia de Cuba*.—La Habana, Editorial Trópico, 1939. 351 pp.

No sólo por su aparición reciente es nueva esta historia. Lo es por su excelente método, por el admirable aprovechamiento de las fuentes históricas, por la riqueza documental, por las mismas cualidades de un estilo sobrio, preciso, de nítida claridad. Lo primero que advierte el lector de esta historia de Santovenia es su admirable equilibrio interno, su sentido arquitectural.

Cuba ha sido en el siglo XIX país de historiadores. Ya en 1830, próxima la aparición de la *Revista Bimestre Cubana*, una institución que está fundamentalmente unida con los trances decisivos de nuestra cultura, la Sociedad Económica de Amigos del País proyectó escribir una historia documentada de Cuba. Con emoción profunda he encontrado